

TESTIMONIO

El viaje más largo

Ana María Briongos, figura del underground y autora de varios libros de viajes, recapitula sobre su pasado familiar y sus andanzas contraculturales

PEPE RIBAS

Ana María Briongos fue musa underground y es viajera y escritora. Una feminista atrevida que supo bregar en las entrañas de diferentes escenarios musulmanes e hinduistas bastante desconocidos tras huir de una universidad en crisis. Años después, regresó a dichos lugares para estudiar las lenguas y las culturas. Ana sabe observar, sabe escuchar y sabe intimar. Así conquista la amistad de seres de otros mundos que le abren una puerta casi cerrada a cualquier extranjero. Desde siempre ha ido por libre y ha viajado sola. Su libro *Negro sobre negro*, sobre Irán -caviar, petróleo y chador-, publicado en inglés, resultó finalista del premio Tomas Cook en el 2001. Y *Esto es Calcuta* fue finalista del premio Grandes Viajeros. Ahora publica el viaje más largo. Un rescate de experiencias claves de su trayectoria en tiempos de grandes cambios, afrontando también los secretos de una familia compleja sin escamotear los detalles más espinosos que le ayudaron a ser quien es. El resultado: *Mi cuaderno morado*. Una confesión honesta, bien construida, que despeja claves de una trayectoria sorprendente, también colectiva, que abarca más de cincuenta años.

El libro más heterodoxo de la autora nace como consecuencia de la muerte de la madre, una mujer culta, inteligente y sensible, hija de un jugador profesional y de una mujer autoritaria de Manresa que nunca aceptó que su hija se casara con Restituto, el padre de Ana y de su hermano Miguel. Restituto Briongos nació en Quintanarroya, Burgos, estudio el bachillerato en latín en un convento de Burgo de Osma y durante los primeros años de matrimonio fue policía social en Barcelona. El hombre era inteligente, estudió Derecho y supo prosperar. Entre las muchas cosas que hizo fue hacerse con una pequeña fábrica de frascos de cristal. También fue socio del doctor Fullà, especialista en enfermedades venéreas, con el objetivo de construir una casa en la calle Génova. La casa fue ideada en 1970 por Lluís Clotet y Óscar Tusquets, recién licenciados en Arquitectura. La estructura vanguardista

de apartamentos entrelazados y las relaciones de los hermanos Briongos y de Ferran Fullà hijo atrajeron al edificio a hippies, contraculturales y jóvenes creadores. En la casa Fullà nacieron Zeleste, *La quinta del porro* de Francesc Bellmunt, las historietas del joven Vallès, algunas obras de Joan Brossa y relaciones entre artistas de la mano de Victoria Combalia y de Miguel Briongos, entre otros residentes.

La muerte de la madre a los noventa y nueve años obligó a Ana a deshacer la casa familiar. Se encontró revolviendo documentos y recuerdos. Tras la experiencia, necesitó distancia y viajó a Berkeley, donde vive su hija con un norteamericano y dos niños pequeños. En Berkeley busca un apartamento económico para ella sola. Algo difícil en una ciudad llena de especuladores del Silicon Valley que han puesto los precios por las nubes. Ana es obstinada y encuentra uno en un pequeño barrio de casas desvencijadas, sin muros ni rejas, donde nadie se deja ver, con un letrero con la frase "No trespassing". Ana insiste y va intimando con unos vecinos que son reliquias en un mundo suspendido, con una estética anclada en los sesenta.

Pat es gordo y canta en una pizzería, fue *road manager* de los músicos más importantes de los sesenta y cada viernes va a la compra en una vieja camioneta con la autora y con Oli, un indio de tez oscura, nacido en Goa, que emigró a Tanguanica y acabó en California. Oli vive en una ruina, no tiene dinero, afina órganos en iglesias católicas cuando le llaman y no habla con nadie, pero sí intima con Ana. Deb, la casera, es una profesora que le habla de los brigadistas internacionales. También aparece el líder superviviente de los Black Panthers, Bobby Seale.

Una de las escenas más conmovedoras es el relato del verano que Ana pasó con la pareja de entonces, Pau Maragall, en La Mola de Formentera. Bajo las higueras junto a casas sin agua ni luz, dan con Pau Riba y Mercè Pastor, a quienes no conocían. Al final del libro, aconseja escuchar *Goodnight, Irene*.

/ En la casa Fullà nacieron Zeleste, 'La quinta del porro' de Bellmunt, las historietas de Vallès y algunas obras de Brossa

La escritora Ana María Briongos publica su libro más memorialístico

Eloy Tizón
Plegaria para pirómanos
Páginas de
Espuma
192 páginas
18 euros

El escritor Eloy Tizón, fotografiado durante una visita a Barcelona



RELATOS

Los secretos del espejo de la elipsis

Eloy Tizón es un renovador del género del cuento, pero no recurre al experimentalismo sino a exigir, en la lectura, la participación del lector como cómplice

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

Nacido en 1964, Eloy Tizón es escritor, crítico literario y columnista en diversos medios. Antítesis del escritor prolífico, es autor de libros de relatos como el celebrado *La velocidad de los jardines* (1992) y *Parpadeos* (2006), y de novelas como *Seda salvaje* (1995), *Labia* (2001) y *La voz cantante* (2004).

Es un gran renovador del cuento, pero no recurre al experimentalismo, es decir, a su destrucción, sino a exigir, en la lectura, la participación del lector: "Exigir un esfuerzo del lector para rellenar las elipsis y determinar los significados ambiguos", por lo que "cuento con el lector como cómplice, no trato de darle todo masticado y explicado"; de modo que en este rechazo del lector pasivo que tanto criticaba Julio Cortázar se identifica con la relación escritor-lector.

Tizón es un buen conocedor de las teorías literarias y experto en dirigir talleres literarios. Trata de romper con las convenciones del género, porque "la literatura invita a la desobediencia y a la infracción de las normas" -pero, repito, no a la ruptura-, para comunicar algo incommunicable. Su respuesta: intensificar ciertos aspectos que hasta ahora se habían evitado en nombre de la concisión o sobriedad del relato como opuesto a la novela.

Lo que consigue es que saboreemos la lectura página a página, sin dejarnos distraer por el desenlace. Por eso en *Grafía* se permite escribir la palabra "FIN" antes de que termine el relato: "Uno trata de decir la última palabra, pero la última palabra es esquivar y antojadiza, se escapa de nuestros labios y no se deja decir".

"A su manera, este libro es muchos libros, pero sobre todo dos libros. Una ambivalencia". También yo puedo decir que esta reseña es, por lo menos, dos reseñas. En mi primera lectura anoté, como defecto, el abuso de la enumeración y la tendencia al ingenio, es decir

al exhibicionismo. En la segunda lectura esto no me pareció tan visible. Por otro lado, yo escribí en su tiempo que su prosa es "elegante, concisa, inteligente sin exhibicionismo, provocadora sin estridencias", una afirmación que ahora me parece inexacta. ¿Cuál de las lecturas es la válida? Yo, que acepto las contradicciones como parte de la condición humana, creo que ambas.

Referencias a la escritura

Mejor acudir a *Plegaria para pirómanos* para ilustrar lo que podría interpretarse como verborrea lo que no lo es. Para empezar, el libro entero está lleno de controladas referencias a lo que para Tizón es la escritura. Lo vemos en el ambicioso *Grafía*, con todo uno de los más puramente narrativos. Y en *Cárpatos* nos habla de la confusión entre lo natural y lo artificial, "era incapaz de distinguirlos".

La acumulación de enumeraciones llega a su punto álgido, y en *Agudeza* escribe: "Tengo un grifo mental que no se cierra nunca".

De este grifo es de donde surgen las expresiones curiosas o audaces. En *Grafía* se remonta a "una época de mi vida en la que me sentía particularmente confuso y todos los zapatos me ha-

/ Intensifica aspectos que hasta ahora se habían evitado en nombre de la concisión del relato como opuesto a la novela

cían daño"; en *El fango que suspira*, "desclavará el crucifijo del dormitorio; y Cristo será expulsado de la vivienda"; o el codornicesco "la mesilla de noche con una dentadura postiza en el vaso de agua, muerta de risa"; en *Cárpatos* hay "salpicaduras de sangre formando chorreones jacksonpollock"; y muy especialmente en *Dichosos los ojos*, todo el relato es una sucesión de extrañezas sobre las cosas que ha visto: "¿Qué me falta a mí por ver?".

Y lo mismo puede decirse de la adjetivación. Ciertamente a veces resulta forzado y se pasa de la raya, pero no estropeamos esta fiesta protagonizada por Erizo y a la que estamos todos invitados.



Ana M.ª Briongos
Mi cuaderno morado
Laertes
234 páginas
18,05 euros